

¡A la mierda!

El pequeño demonio y el gran Luz y Fer

Subía el viento en una madrugada roja y turquesa, de aquellas noches donde los hombres y sus espadas habían tenido problemas de sueño, encuentros con sus otras partes, desencuentros con sus mismos y con sus otros.

La luna de sangre se despedía. En un momento se hizo el silencio.

En una ciudad catalana, muy lejos de los mitos matones, un niño empujaba con fuerza para salir cuanto antes. El padre se repeinaba, el Yayo dándole al pitarra, la Yaya haciendo de las suyas, empujaba con su trapo de cocina a los coches que se les cruzaban en el camino a Hebrón, para que la taxista, algo inusual para esos tiempos, condujera su coche más rápido todavía.

Al demonio le venía de menos. Solo buscaba oxígeno y una nueva vida lejos del enjambre inquieto del útero de su padeciente madre, una de ellas, una más o una menos. Venía con cientos, miles de propósitos y de vidas. Bajo el brazo y entre los dientes, con un par de... enjambres.

Ya se discutía su nombre. El tema era riguroso debido a la primogenitura de ese hijo de Edom, que regresaba al mundo con una Dina bajo el brazo y el mismísimo tono de Essaú, al que los escribas decidieron dar la parte mala como a Caín, el pastor. Sin pan, solo gestos y poemas, luces y canciones.

Luces y sombras.

Hebrón estaba cada vez más cerca y el niño deminio, hedonista y largoplacista, parecía de armas tomar. Su mal genio y su insensatez primeriza no jugaban a su favor.

¡A la mierda! Se escuchó saliendo de la boca de la taxista que veía que el niño ya colgaba en ese aire hueco y denso como un insulto.

¡A la mierda! Dijo la taxista a varios kilómetros del Valle de Hebrón. Y con un cigarrillo apagado cruzándole la boca, se subió al bordillo pidiendo paso con su claxon.

El niño deminio ya estaba haciendo de las suyas, entre líneas, entre dientes, entre la historia de las tierras, a este y a los otros lados.

¡A la mierda! Tuvo que ser la primera palabra que aquel hijo de Essaú debió escuchar, ¡a la mierda!

Llegó la familia después de una travesía bíblica barcelonesa, a las puertas de una mañana roja.

Olía a ritos indígenas. Se escuchaba un canto en los cielos de la acera y en la entrada del lugar de su nacimiento.

Se escuchó una nana y el suspiro de un caballo blanco, ya con su jeringuilla incrustada.

Se oyeron lenguas ininterpretables, en Lakota, diría yo, y no soy el único. Caballo loco, toro sentado, gritos y nanas fúnebres de los hijos de las praderas. ¿Recuerdan? los malos de las películas de vaqueros, las que ponían en las sobremesas, sábados y domingos, los malos. Todos ellos hijos de Edom como el niño deminio.

A la mierda con los buenos, a la mierda con los juicios, la dominación y la espada. A la mierda con los patriarcas y sus leyes. A la mierda y que crezcan sandías.

Comadronas con alitosis, doctores guerreros y gorriones. Y, sobre todo, mucha luz de fluorescente.

El niño fue empujado de nuevo hacia los adentros del multiverso como si nadie lo quisiera en otro lugar que no fuese el pasado. No aceptaron su ritmo ni su empuje. No le dejaron vivir a su manera. Lo metieron para dentro y rajaron a su madre. Antes de todo ello le habían maltratado con fuerza y palabras soeces, logos

respetados por las leyes de los partos y los partidos de aquellos tiempos.

Hebrón se tiñó colorado, se entelaron sus picos de seda púrpura, esos cantos indios, valles despiertos y hombres dormidos.

Y el niño ya en este mundo salió mudo y rojo, como el silencio de Dina, como el tachado amoroso de Lea, como el pecado in-pecado de java, o Eva, la no-pecadora.

Creció Luz y Fer entre guerras y familias quebradas por el odio al prójimo, divididas por creencias, siempre por esas malditas creencias sin incertidumbres sin paréntesis, sin vida vida.

Érase una vez que venía a este mundo un niño demonio, entre sombras rojas y luces frías. Entre caspa y créditos bancarios, entre mentiras con rosas y gaviotas, entre pascuas y entre mares, muchos mares embrionados de mitos, héroes sin estrategia creados por las emociones y las llamas de esos hombres con espada, de esos profetas de Yisrael, el Líbano o Egipto, que cocinaban lentejas e inventaban historias para ser escritas en los papiros y en las piedras. Todos los hombres y todas sus sandalias, oliendo a leyes, estatutos de espada y de sangre, creados y formados por los buenos, ellos, los hombres elegidos por los dioses de los hombres.

Los buenos contra los malos, los demonios contra los dioses... ¿y las diosas?

Olvidadas las diosas hasta que esos niños empujados de nuevo a los adentros de la vergüenza que venían llegando de a poco, de golpe, y de continuo. Llegaron con sus antorchas y sus lenguas. Con ojos múltiples y su risa femenina.

Sin cadenas vinieron esos niños, sin muros y sin machos, muchos machos para escoger, muchos héroes y muchos dioses, sin ellas las diosas, sin ellas las madres; — Madres matriostikas. Madres envolventes de Creta. Jugadoras de la vida, taurólogas, inminentes y largoplacistas, sin muros sin reyes sin mierda.

El niño creció entre guerras. Conflictos mentales, imaginarios, políticos. Campañas hombroides y cabronas, que untaban de mierda allá donde pisaban, como Atila, el rey de los hunos, con mierda y con sangre, pero nunca con amor...

...Y, ¿la mujer, la diosa, y los endemoniados niños demonio?

... A la mierda todos.

Y llegaron los días de fútbol y escuela.

Y se fueron los días juntos al Guadiana. El Río de lumbre y canto. El Río mujer y hombre, con los úteros repletos de llantos y besos

y, mucho silencio.

Letras calladas de santo Tomás el equino.

Letras talladas de Reed, Lou para ti y para mí.

Poemas de Blake y Éluard. Algunos de Rimbaud, más los tuyos y los nuestros.

Todo enviado a la mierda el día que el niño calló, y sobre todo, el día que el niño habló sobre todo lo callado. Habló con el guiño del buen dominio endemoniado...

Quince veces quince...

Dijo el niño, quince veces quince, con la voz de mujer y el gesto del hambre.

Quince veces sin espada, sacando las lenguas.

Y llegó el día que las leyes de los padres intentaron ponerle los grilletes. Todos los padres se pusieron en su contra, algunas madres también, por el miedo a los hombres y sus dioses.

Ese día eterno, donde el niño demonio fue condenado por decir males.

Y él les contestó: ¡A la mierda, váyanse todos a la mierda!

Y colorín colorado, esa cuenta no ha acabado, tan solo terminado.

Antón K. — antonkaegikah.com